

Firmas

PRIMER PLANO

ANDRES ABERASTURI

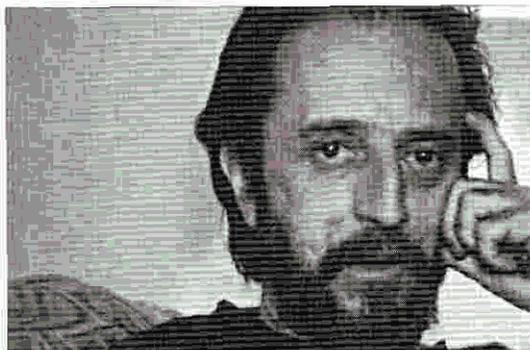
Periodista

Toma el trabajo y corre

NO parece que el invento haya que atribuírselo precisamente a Felipe González, porque la cosa ya viene de lejos. No es este el momento de empezar a repasar la historia del movimiento obrero, de la sociedad industrial, de las grandes crisis, etc. Pero que se organice la de Dios es Cristo porque González apunta como una posibilidad algo tan viejo como que es posible que haya que trabajar menos para que trabajen más, te deja un pelín perplejo. Ese pensamiento global no es un hallazgo nuevo, sino un resumen de lo ocurrido desde hace un par de siglos, año más, año menos.

Y eso poniéndonos en plan enciclopédico, que sin llegar a tales honduras, la necesidad de repartir el trabajo es algo que viene dicutiendo Europa desde hace muchos años, y que aquí mismo ya planteó Anguita — yo recuerdo que fui testigo en un programa de Jesús Hermida— en las elecciones del 93.

Para no ponernos trascendentes sino inmediatos, no hay más que echar un vistazo a la invasión informática para comprender que estamos ante una nueva revolución que —nos guste o no— está cambiando el mundo. Yo aún recuerdo cuando los comercios anunciaban un par de días de cierre «por inventario»; se trataba de que to-



dos los empleados y algún experto se dedicaban a cuadrar las cuentas, a saber lo que se tenía en el almacén, lo que se había vendido, etc. Eso te lo dice hoy en un segundo un ordenador. Antes, la banca apuntaba a mano los ingresos, los periódicos se hacían de forma casi artesanal, los controles de la fabricación en cadena (otra gran revolución), y hasta la misma fabricación en cadena, requerían un número de operarios que hoy soluciona un simple ordenador. Y todo así.

Si a esta auténtica revolución añadimos el aumento de la vida media y la quiebra de la natalidad en los países desarrollados, un fenómeno tan reciente como la invasión informática, el panorama no ofrece ninguna alternativa: cada vez hay menos trabajo y, a la vez, cada vez son más los trabajadores mayores, los pensionistas y

los jóvenes en busca de un primer empleo.

Naturalmente que la receta está clara: habrá que trabajar menos para que trabajen más. El problema es cómo se instrumentaliza eso y a quién afecta. Soltar la muy demagógica pregunta de si un padre estaría dispuesto a sacrificar tiempo y jornal para que su hijo trabajara no es de recibo, porque la respuesta es obvia: sí, siempre que me lo certifiquen, que pueda seguir viviendo medio dignamente con un jornal más bajo y siempre que a los tres años no me hagan una regulación de empleo a mí y echen a mi hijo para no hacerle fijo. Si González o quien sea me firma ante notario todo eso, yo encantado; si todo se queda en una especulación, una promesa o unos buenos deseos, lo siento, yo tomo mi trabajo y corro. ■